

Invitación al diálogo ético sobre lo trans

Sara Yebrá Delgado

Especialista en Medicina Familiar y Comunitaria. Consultorio rural del Lillo del Bierzo. Fabero, León.

«Entrar, a ras de suelo, una persona cualquiera borracha de vino, poesía o virtud, pregunta todavía si es posible ponerle un pañalillo al malvado en plena nuca, o si no es acaso tarde y ya no hay tiempo para convencer».

BELÉN GÓMEZ, *Existiríamos el mar*

cuestiones de mayor sensibilidad las que precisan de un debate bioético vigoroso para no caer ni en la yatrrogenia ni en el desamparo de las facciones más vulnerables (por ejemplo, la adolescencia), como ya está empezando a ocurrir en países donde leyes similares han sido aprobadas¹.

Encuentro al menos dos matices que atañen al tema de lo trans que pueden estar generando un conflicto de interés: su referencia a la identidad y su relación con el capitalismo.

La socióloga Eva Illouz postuló, en 2006², una teoría muy interesante sobre la identidad de las sociedades postindustriales: nos hemos convertido en *homo sentimentalis*. A raíz de los escritos de Freud y del bum del psicoanálisis, se produjo una extracción de las emociones del ámbito privado hacia el centro de las relaciones sociales. Unido a la narrativa esta-dounidense de la *autorrealización*, ambos hechos han conformado una cultura de la afectividad y un vocabulario para el *yo emocional*. El problema es que este estilo emocional de la psicología no tardó en ser fagocitado por el capitalismo: desde la literatura de autoayuda hasta las aplicaciones para encontrar pareja, pasando por el *coaching* en las empresas. Este *nuevo capitalismo emocional* transforma estos sentimientos hipertrofiados y públicos del *yo* en mercancía y desvía el foco de las causas de las causas para centrarse en el individuo.

Puede que el discurso de lo trans, que tiene que ver con el *yo* y el ámbito de lo emocional, esté escondiendo en realidad un nuevo nicho de mercado rentable en términos económicos. Por tanto, el interés por mantener el debate cerrado quizá no sea casual ni provenga en última instancia de las propias personas afectadas. ¿Como se silencia el disenso? Diego Fusaro sostiene la hipótesis general de estar asistiendo en nuestro tiempo a un fenómeno de fabricación de pensa-

Asistimos a un fenómeno que resulta especialmente descorazonador cuando se intenta abordar de forma crítica y pública todo lo relacionado con el movimiento de la *identidad de género*³. Quienes se atreven a disentir sobre el fondo de la cuestión del anteproyecto de la llamada Ley Trans se exponen a recibir una respuesta nada democrática (reacción que se está produciendo a nivel global en buena parte de los países desarrollados)⁴. El fallido intento de debate se convierte en un fuego cruzado entre trincheras dogmáticas, donde se sustituyen los argumentos por falacias *ad hominem* y el diálogo constructivo por el consenso pasivo de masas.

Apenas podemos leer algunos tímidos excursos de la comunidad médica fuera de la opinión dominante, que además no producen la activación del diálogo esperable por su contenido. Un ejemplo de estos intentos es el cauteloso posicionamiento sobre la infancia con disconformidad sexo-género del grupo de ética de la CAMFIC⁵. En el documento se alerta de algunos problemas psicológicos y sociales que se puedan estar enmascarando bajo esta etiqueta. Y se propone, desde el respeto y el apoyo a la diferencia, prudencia junto a una espera acompañada para evaluar la medicalización y las intervenciones reversibles. ¿Por qué tanta urgencia legislativa que pretenda saltarse matizaciones éticas de este calibre?

¿Qué palos hay en la rueda que estén impidiendo rodar al diálogo?

A nadie se le escapa que es un tema de especial sensibilidad que afecta a la dignidad del individuo y a la naturaleza misma de la medicina, ni que detrás de lo científico y lo filosófico (o, mejor dicho, delante) se encuentran personas con nombre y apellidos que están sufriendo y demandando un acompañamiento por el sistema sanitario. Precisamente son estas